

# IAN KERSHAW

DECISIONES TRASCENDENTALES



DE DUNQUERQUE A PEARL HARBOUR (1940-1941),  
EL AÑO QUE CAMBIÓ LA HISTORIA

CRÍTICA

IAN KERSHAW

DECISIONES  
TRASCENDENTALES

De Dunquerque a Pearl Harbour  
(1940-1941)

El año que cambió la historia

Traducción castellana de Ana Escartín

CRÍTICA  
BARCELONA

Primera edición: marzo de 2013  
Primera edición en Editorial Crítica: marzo de 2023

*Decisiones trascendentales. De Dunquerque a Pearl Harbour (1940-1941)*  
Ian Kershaw

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.  
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.  
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.  
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.  
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Fateful Choices: Ten Decisions that Changed the World, 1940-1941*

© Ian Kershaw, 2007  
© de la traducción, Ana Escartín Arilla, 2008

© Editorial Planeta, S. A., 2023  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

[editorial@ed-critica.es](mailto:editorial@ed-critica.es)  
[www.ed-critica.es](http://www.ed-critica.es)

ISBN: 978-84-9199-500-5  
Depósito legal: B. 1.408-2023  
2023. Impreso y encuadernado en España por Huertas Industrias Gráficas, S. A.



## CONTENIDO

<i>Listado de ilustraciones</i>	9
<i>Listado de mapas</i>	11
<i>Agradecimientos</i>	17
<i>Dramatis personae</i>	21
<i>Prólogo</i>	31
1. Londres, primavera de 1940 Gran Bretaña decide seguir combatiendo	41
2. Berlín, verano y otoño de 1940 Hitler decide atacar la Unión Soviética	93
3. Tokio, verano y otoño de 1940 Japón decide aprovechar la «oportunidad de oro»	138
4. Roma, verano y otoño de 1940 Mussolini decide llevarse su parte	186
5. Washington D.C., verano de 1940-primavera de 1941 Roosevelt decide echar una mano	253
6. Moscú, primavera-verano de 1941 Stalin decide que él sabe más	327
7. Washington D.C., verano-otoño de 1941 Roosevelt decide librar una guerra no declarada	395
8. Tokio, otoño de 1941 Japón decide ir a la guerra	437
9. Berlín, otoño de 1941 Hitler decide declarar la guerra a Estados Unidos	500
10. Berlín/Prusia Oriental, verano-otoño de 1941 Hitler decide matar a los judíos	561
<i>Epílogo</i>	611
<i>Notas</i>	629
<i>Bibliografía</i>	731
<i>Índice onomástico</i>	755

## LONDRES, PRIMAVERA DE 1940

*Gran Bretaña decide seguir combatiendo*

El P[rimero]M[inistro] no quería ningún acercamiento a Musso. Resultaba inconcebible que Hitler accediera a cualquier condición que nosotros pudiéramos aceptar, aunque si podíamos salir de aquel aprieto renunciando a Malta y Gibraltar y a algunas colonias africanas él se habría lanzado al vuelo. Pero el único camino seguro consistía en convencer a Hitler de que no podía derrotarnos [...]. Halifax sostenía que no se perdía nada poniendo a prueba a Musso y viendo cuál era el resultado. Si las condiciones eran intolerables, siempre podíamos rechazarlas.

Diario de Neville Chamberlain, 26 de mayo de 1940

«Es posible que a las generaciones futuras les resulte llamativo que el supremo dilema sobre si debíamos seguir combatiendo en solitario nunca encontrase un lugar en la agenda del Gabinete de Guerra. Era algo que esos hombres de todos los partidos del Estado daban por sentado y consideraban natural, y estábamos demasiado ocupados como para gastar nuestro tiempo en asuntos tan irreales y teóricos».<sup>1</sup> Son palabras de Winston Churchill en sus memorias sobre la Segunda Guerra Mundial. Unas memorias que tuvieron una enorme influencia en la configuración de la imagen que acabaría generalizándose de la guerra, así como en la creación del mito de que Gran Bretaña, sola, en medio de la adversidad, pero con voluntad indomable, nunca cejó en el empeño de continuar la lucha contra la poderosa, triunfante y terriblemente amenazadora Alemania. Normalmente resulta muy difícil, conociendo el final del relato, evitar interpretar la historia hacia atrás, partiendo del desenlace. Dado el enorme poder de la narrativa de Churchill y el excepcional papel que éste desempeñó, es especialmente complicado olvidarse de lo que sucedió después: el desafío nacional personificado en la grandilocuente retórica de sus discursos de verano de 1940, la victoria en la «Batalla de Inglaterra» y la creciente ayuda americana. Churchill sabía muy bien que no fue eso lo que sucedió en los oscuros días de mayo de 1940. En ocasiones, la historia vista «desde antes» y no

«desde después» revela sorpresas. En cualquier caso, es menos obvia, más «desordenada» o confusa de lo que posteriormente pueda parecer. Y así lo fue a mediados de mayo de 1940.

Aquella fue una época tremendamente agitada. La Fuerza Expedicionaria Británica en el norte de Francia y Bélgica parecía derrotada, el antaño poderoso Ejército galo se tambaleaba ante la embestida alemana, no había posibilidad alguna de recibir ayuda inmediata de Estados Unidos ni, de forma directa y efectiva, del Imperio, y las defensas en el interior se hallaban en una muy precaria situación cuando la perspectiva de una invasión se hizo realidad. En tales circunstancias, habría resultado insólito que el Gobierno británico considerase de verdad que la cuestión de si el país podía o debía seguir luchando era un asunto «irreal y teórico» que no merecía la pena discutir. Y de hecho, aunque Churchill omitiera cualquier referencia a ello, el debate más serio y prolongado del Gabinete de Guerra fue precisamente el mantenido en torno a dicha cuestión: ¿debía Gran Bretaña seguir luchando, o tenía que admitir que, debido a la grave situación por la que estaba atravesando, el mejor camino consistía en explorar las condiciones que se habían de plantear para lograr un acuerdo?<sup>2</sup> Ésta fue la trascendental decisión a la que se enfrentaron los líderes británicos durante tres cruciales días de finales de mayo de 1940. El desenlace tuvo profundas consecuencias no sólo para Gran Bretaña, sino, de forma más amplia, para el curso de la guerra en los años sucesivos.

## I

Cómo acabó Gran Bretaña en un aprieto tal que se llegó a contemplar la posibilidad de buscar el acuerdo desde una posición de gran debilidad—lo que prácticamente habría significado reconocer su derrota—es una cuestión que, como es natural, se ha venido examinando y analizando exhaustivamente desde entonces. Ya en 1940, un manifiesto ampliamente leído y muy influyente, *Guilty Men*, responsabilizaba directamente a quienes desde el Gobierno británico habían escogido el peligroso, y a la larga contraproducente, camino del apaciguamiento con Hitler durante los años treinta.<sup>3</sup> Los personajes más destacados dentro del reparto de los culpables eran el austero y remilgado, aunque agudo e incisivo, Neville Chamberlain, primer ministro entre mayo de 1937 y mayo de 1940, y el altísimo y algo carente de sentido del humor

lord Halifax, ministro de Exteriores—antiguo virrey de la India y avezado diplomático—, que permaneció en el mismo puesto bajo la Administración Churchill. La historia nunca los ha perdonado. La vergüenza de «Múnich» en 1938, cuando Gran Bretaña y su aliada, Francia, claudicaron ante el acoso de Hitler y le cedieron una parte sustancial de Checoslovaquia, ha quedado asociada para siempre con Chamberlain. A menudo se prefiere olvidar que el apaciguamiento, hasta Múnich, había sido enormemente popular en Gran Bretaña, incluso entre aquellos que, a la luz de los acontecimientos posteriores, acabaron uniéndose al grupo de sus principales detractores y más severos críticos. El Gobierno británico, en su intento de apaciguar a Hitler, cometió sin duda graves errores de cálculo, si bien éstos han de situarse dentro del marco de los problemas de muy difícil resolución que acuciaban a Gran Bretaña a medida que se iba adquiriendo conciencia de la inminente amenaza representada por Hitler.

Los extenuantes problemas estructurales sufridos por Gran Bretaña durante el período de entreguerras giraban en torno a una tríada de aspectos interrelacionados: economía, Imperio y rearme. Juntos, tales problemas hicieron que la debilitada Gran Bretaña se hallara en tan baja forma cuando los dictadores empezaron a lucir sus músculos que no pudo hacer frente a su creciente poder.

Gran Bretaña salió de la Primera Guerra Mundial todavía como una gran potencia, aunque debilitada en buena medida bajo la superficie. A pesar de que seguía siendo acreedora mundial, con préstamos en teoría pendientes con el Imperio y con sus aliados de guerra de mil ochocientos cincuenta millones de libras en 1920, sus deudas con Estados Unidos ascendían a cuatro mil setecientos millones de dólares, lo que constituía un indicador del giro operado en el equilibrio económico del poder, que sólo con el tiempo revelaría la creciente dependencia de Gran Bretaña con respecto a su hermano del otro lado del Atlántico. Incluso la Armada británica, todavía la mayor del mundo, tenía que ver en la Marina de Estados Unidos, en vertiginoso progreso, a un futuro rival. Y las dificultades en la India, Egipto y, más cerca de casa, Irlanda, estaban poniendo a prueba sus limitados recursos militares.<sup>4</sup> Con los dominios de Canadá, Australia, Nueva Zelanda y Sudáfrica dando también señales crecientes de independencia, el Imperio estaba empezando a desmoronarse.

La magnitud de los problemas permaneció en gran parte oculta durante los años veinte, mientras el país se recuperaba del trauma de

la guerra pese a las numerosas adversidades acaecidas. Con todo, bajo la superficie algo iba mal.<sup>5</sup> Todas las industrias clave que habían constituido la base de la prosperidad británica de preguerra—carbón, hierro, acero, construcción naval, sector textil—trataban denodadamente de hacer frente a un prolongado declive. El desempleo registró cifras relativamente altas a lo largo de la década. Gran Bretaña importaba más y exportaba menos.<sup>6</sup> Aun así, junto al estancamiento o el declive había también signos de asentamiento de nuevas industrias y, fuera de las decrepitas ciudades y grandes urbes industriales, los últimos años veinte fueron testigos de un brevísimo repunte de la esperanza, la confianza y una relativa prosperidad.<sup>7</sup>

El estallido de la crisis económica mundial en 1929 lo cambiaría todo rápidamente. Aquella tremenda sacudida puso fin al crecimiento económico del sector industrial. La miseria social y la agitación política no tardaron en aparecer. En Gran Bretaña, las repercusiones de la caída de la Bolsa de Wall Street de octubre de 1929 marcaron el comienzo de la crisis política y de una larga depresión económica. No obstante, indirectamente, las consecuencias globales se iban a revelar muchísimo más peligrosas. En el Extremo Oriente, el rápido despertar nacionalista, militarista e imperialista japonés después de 1931, y en Europa, el ascenso del nazismo entre 1930 y 1933 fueron, en buena medida, producto de la crisis económica. Ambos fenómenos supusieron para Gran Bretaña, ya de por sí económicamente debilitada, nuevos y graves peligros estratégicos que añadir a la potencial amenaza en el Mediterráneo, todavía no materializada, procedente de la Italia de Mussolini.

Las nuevas y ambiciosas potencias totalitarias de Europa y el Extremo Oriente—Alemania, Italia y Japón—tenían gran interés en cuestionar y «revisar» (o derrocar) el orden internacional establecido tras la Primera Guerra Mundial. Todas tenían la sensación de ser una nación desposeída, lo que generaba en ellas un gran resentimiento y les hacía mostrarse tenaces y decididas a alcanzar su legítimo «lugar bajo el sol». Todas miraban hacia Gran Bretaña, Francia y otras potencias imperiales y aspiraban a su propia fracción del Imperio, a la hegemonía política que iba asociada a la codiciada categoría de gran potencia y al orgullo nacional, así como a la autosuficiencia económica, que, en medio de una crisis esencial del capitalismo que puso de manifiesto las incertidumbres y las injusticias inherentes a la economía de mercado internacional, parecía ofrecer la única vía hacia la

prosperidad nacional sostenida. Probablemente los otros países no iban a ofrecer voluntariamente las adquisiciones territoriales necesarias para la formación de los nuevos imperios, de modo que, como en el caso de los viejos, los de Gran Bretaña y otras grandes potencias, tendrían que ser tomados por la fuerza, o «por la espada», como solía decir Hitler.

Los intereses británicos eran exactamente los contrarios. En tanto que suprema nación próspera, su preocupación fundamental era conservar su Imperio mundial. Eso significaba adhesión al orden de posguerra, en cuya creación Gran Bretaña había desempeñado un papel fundamental. Significaba, asimismo, la puesta en valor de la cooperación internacional para mantener la seguridad y también la negociación diplomática de los problemas que pudieran surgir. Y, por encima de todo, significaba la concesión de prioridad a la paz. Las medidas preventivas internacionales y el compromiso de desarme evitarían que el mundo volviera a sumirse en la masacre de 1914-1918. Ya sólo el reciente y terriblemente doloroso recuerdo de los millones de muertos de la guerra así lo exigía.

Desde la posición de una potencia mundial victoriosa, y todavía pujante, no resultaba difícil reivindicar un nuevo orden basado en los principios liberales, los acuerdos internacionales y el comercio exterior. Desde la posición estratégica de las naciones desposeídas, este nuevo orden, precisamente, era desfavorable y, en términos políticos, humillante. El recuerdo de los muertos en la guerra exigía, para un número cada vez mayor de ciudadanos de esos países, decir no a la aceptación pasiva de las condiciones de los vencedores, no a la conformidad con las reglas económicas urdidas en su perjuicio, no a la debilidad que derivaba del desarme, no a la paz, y sí a la guerra: guerra para alcanzar la gloria nacional, para conseguir territorios que permitieran erigir una prosperidad duradera en el futuro y para reparar la humillación del pasado y la injusticia del presente.

Así pues, Gran Bretaña, junto con su principal aliada continental, Francia, asolada por la guerra, y, al otro lado del Atlántico, con la pujante nueva potencia mundial, Estados Unidos, veía el acuerdo posbélico desde una óptica concreta, que era muy distinta de la de Italia, Japón y Alemania. Además, el orden de posguerra, diseñado dentro del marco del Tratado de Versalles de 1919 (y los sucesivos tratados de Saint-Germain y Trianon) en Europa y el Tratado de las Nueve Potencias, firmado en el marco de la Conferencia de Washington en

1922, para Extremo Oriente, parecía frágil. La negativa de Estados Unidos a respaldar el acuerdo en Europa con su incorporación a la Sociedad de Naciones, el organismo fundado para garantizar la cooperación internacional, no contribuyó precisamente a fomentar el optimismo sobre su perdurabilidad. Tanto en Extremo Oriente como en Europa, no obstante, el acuerdo siguió vivo a pesar de todo durante los años veinte. Japón, en tanto que miembro de la Sociedad de Naciones, no suponía amenaza alguna para los intereses europeos y americanos en Extremo Oriente y «parecía dispuesto a jugar con las reglas occidentales».<sup>8</sup> El propio Churchill descartó rotundamente la posibilidad de una guerra contra Japón. «No creo que exista la menor posibilidad de que suceda mientras vivamos—escribió en diciembre de 1924—. Japón está en el otro extremo del mundo. No puede amenazar nuestra seguridad vital de ninguna manera».<sup>9</sup> También en Europa las cosas daban señales de mejora. El orden de posguerra se vio fortalecido por el Tratado de Locarno de 1925, que fijaba por consenso internacional las fronteras occidentales del Reich, y por el ingreso de Alemania en la Sociedad de Naciones al año siguiente. Ambos hechos se vieron impulsados por un excepcional estadista internacional de los años veinte, el ministro alemán de Exteriores Gustav Stresemann.<sup>10</sup> Pero las apariencias engañaban. La Gran Depresión hizo desaparecer de un plumazo el optimismo. Pronto, tanto en Extremo Oriente como en Europa, el orden de posguerra quedaría hecho jirones.

En Asia oriental, la debilidad británica quedó enseguida en evidencia ante las primeras manifestaciones de agresividad por parte de Japón, plasmadas en la ocupación de Manchuria en 1931 y los ataques a Shanghai al año siguiente. Los jefes del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas británicas advirtieron del peligro que corrían las posesiones y dominios del país, entre ellos la India, Australia y Nueva Zelanda. Sir Robert Vansittart, el poderoso subsecretario permanente de Asuntos Exteriores, escribió a comienzos de 1932 que «somos incapaces de frenar a Japón de ningún modo si realmente habla en serio», lo que significaba que «estaremos perdidos en Extremo Oriente a no ser que Estados Unidos esté dispuesto finalmente a hacer uso de la fuerza».<sup>11</sup> Pero no lo estaba: se limitaba a denunciar públicamente, en su propio perjuicio muchas veces, las acciones japonesas, y poco más. La estrategia británica, en realidad, favorecía a Japón con respecto a China, aunque trataba de lograr la cuadratura del círculo intentando aplacar a los chinos y a los americanos sin despertar suspicacias entre los

japoneses y defendiendo al mismo tiempo la Sociedad de Naciones.<sup>12</sup> A comienzos de 1934, con Gran Bretaña todavía sumida en una grave depresión económica e imponiendo fuertes restricciones al gasto en las Fuerzas Armadas (al cual se oponían de todos modos los principales partidos y la opinión pública, contrarios al rearme), el ministro de Economía, Neville Chamberlain, precisó que la amistad de Japón era más importante para Gran Bretaña que la amistad de Estados Unidos, la buena voluntad de China o la de sus amigos de la Sociedad de Naciones.<sup>13</sup> El camino hacia el apaciguamiento en Extremo Oriente estaba trazado. Por aquel entonces, Japón ya no era miembro de la Sociedad, y no se podía obviar la presencia de un nuevo peligro, más próximo y más serio.

En la crucial fase inicial de establecimiento del control total sobre Alemania por parte del régimen nazi, las autoridades del Foreign Office no acertaban a comprender la lógica de Hitler. ¿Era acaso el demonio de *Mi lucha*, cuyo mandato llevaba inexorablemente no sólo a la perturbación diplomática sino, en última instancia, a la guerra? ¿O finalmente el agitador se calmaría dejando paso a un político «normal» en lo tocante a los asuntos exteriores? Mientras todavía estaban tratando de decidirse, Hitler aprovechó las diferencias insuperables entre Gran Bretaña y Francia en torno al rearme alemán para sacar a su país de la Sociedad de Naciones. Al igual que Japón en Extremo Oriente, Alemania, el componente más impredecible de todo el conjunto europeo, ni siquiera trataba ya de aparentar que defendía la doctrina de la Sociedad sobre la seguridad colectiva. El desarme, por el que apostaban tanto los políticos británicos como la opinión pública, estaba muerto. Era evidente que Alemania se estaba rearmando en secreto lo más rápidamente posible, y ya nadie ponía en duda que la creciente fuerza alemana suponía una amenaza mayor que la de Japón o la de la Italia fascista. Pero en Gran Bretaña la autocomplacencia se unía a la grave situación económica y a las dificultades políticas derivadas del hecho de plantear una propuesta de rearme frente a una opinión pública hostil, lo que condujo a la inmovilidad, el abandono y la política de «confiar en la suerte».

La desidia no tocó a su fin hasta que en marzo de 1935 Alemania, vulnerando el Tratado de Versalles, anunció que contaba con una fuerza aérea y que tenía planes para la formación de un gran ejército, y hasta que, algo más tarde, el ministro de Exteriores, sir John Simon, y Anthony Eden, lord del Sello Privado, trajeron de su visita a Berlín ese

mismo mes la alarmante noticia de que el potencial aéreo alemán ya se encontraba al mismo nivel que el británico. Es cierto que Hitler había exagerado para llamar la atención, pero la conmoción en el Gobierno británico, y en la población en general cuando la noticia salió a la luz, era palpable. Fue entonces cuando se admitió, aunque tarde, la perentoria necesidad de emprender el rearme—algo que hasta la fecha sólo Churchill y una o dos solitarias y ridiculizadas voces habían estado reclamando—, necesidad que, sin embargo, seguía siendo rechazada por los círculos laboristas y liberales, y así lo fue hasta 1938. En cuanto al poderío aéreo, reconocido como nuevo elemento clave de la fuerza militar y aspecto en el que la amenaza enemiga se consideraba más letal, pasarían años antes de que se pudiera recuperar el terreno perdido, si es que era posible. Sobre esta debilidad se asentó por entero el intento de apaciguar a Hitler.

Apremiada por sus compromisos globales y en plena batalla por superar una larga depresión económica, Gran Bretaña, como era cada vez más obvio, no podía igualar, y mucho menos superar, al poderío militar alemán. Y también quedó patente que Gran Bretaña se enfrentaba a la perspectiva de una nueva guerra con Alemania al cabo de unos pocos años. Sin embargo, no cabía ninguna duda de que las Fuerzas Armadas británicas no estarían en condiciones de librar un conflicto semejante hasta que no se emprendiese un largo y arduo programa de rearme, tal vez no antes de 1942, más o menos.<sup>14</sup> En su momento, el desarrollo de una fuerza aérea y el fortalecimiento de la Armada se llevaron a cabo a costa de la financiación del Ejército de tierra (lo que se dejaría notar en 1940), pues se estaban realizando esfuerzos por controlar los gastos del rearme en respuesta a las exigencias de un presupuesto equilibrado y de la recuperación económica tras la Gran Depresión.<sup>15</sup>

Y si la debilidad militar británica quedó al descubierto, su fuerza diplomática sufrió un terrible revés a finales de 1935 en el intento, junto con su aliada Francia, de ganarse a un Mussolini erigido en agresor a costa de su víctima, Abisinia. La Sociedad de Naciones nunca se recuperó de aquel descalabro. En marzo de 1936, aprovechando el caos diplomático, Hitler hizo que sus tropas entraran en Renania sobrepasando la línea desmilitarizada. La autoridad alemana era ahora todavía mayor. Un miembro conservador del Parlamento, Robert Boothby, sintetizó buena parte de la opinión de la población, y también de la postura del Gobierno, al afirmar: «Nadie se cree que poda-

mos aplicar medidas muy fuertes o rigurosas contra Alemania por haber colocado sus tropas en Renania».<sup>16</sup> El ministro de Exteriores, Anthony Eden, cuya respuesta se limitó a una protesta diplomática, reiteró el objetivo pacífico del Gobierno: «Es el apaciguamiento de Europa en su conjunto lo que está siempre sobre la mesa».<sup>17</sup> Tres meses más tarde, a principios de julio de 1936, el Gabinete reconoció que Gran Bretaña no podía hacer nada por ayudar a Europa del Este y que sólo opondría resistencia a la fuerza empleada contra el Imperio o contra territorios de Europa occidental.<sup>18</sup>

Cuando sustituyó a Stanley Baldwin como primer ministro en mayo de 1937, Neville Chamberlain heredó una política exterior dictada por la confusión, la incertidumbre y la inmovilidad, forzada cada vez más a asumir la debilidad militar británica y su incapacidad de hacer otra cosa que no fuera responder, con frecuencia tímidamente, a acontecimientos que venían determinados por los dictadores europeos. Chamberlain trataba ahora ostensiblemente de afrontar la cruda realidad y de idear una estrategia práctica sobre la base del reconocimiento de esa debilidad. Ello implicaba dar pasos activos para acomodar—o «apaciguar»—los intereses alemanes. Aunque realista con respecto a Gran Bretaña, Chamberlain se engañaba a sí mismo acerca de los propósitos de Alemania. Al igual que la mayoría de los observadores de la escena internacional, suponía que no eran más que propósitos típicamente nacionalistas. Creía, como tantos otros, que Hitler no era más que un defensor a ultranza de ciertos derechos territoriales en Europa central y oriental que no carecían por completo de legitimidad, y que podía, con buena voluntad y objetivos pacíficos por ambas partes, ser complacido por medio de la negociación. Si los objetivos nacionalistas alemanes se veían satisfechos, se podría evitar la guerra. «Comprar» a Hitler era el precio de la paz. Y ése era, para Chamberlain, un precio que merecía la pena pagar.

Fue esta premisa la que guió la odisea de 1938, cuando la crisis checa culminó en los dramáticos vuelos de Chamberlain a Alemania para tratar de alcanzar un acuerdo con Hitler y acabó dando lugar al Pacto de Múnich a finales de septiembre. Si existió o no la posibilidad de encontrar otro camino, aparte de la guerra, para salir de la crisis, es difícil de decir. En cualquier caso, no se probó ninguno. Churchill, cuyos ataques a la política exterior y de defensa del Gobierno habían ido ganando en contundencia desde mediados de los años treinta, era el principal defensor de una «gran alianza» con Francia y la Unión So-

viética para disuadir a Hitler y resistir por la fuerza, si era necesario, cualquier agresión contra Checoslovaquia (vinculada mediante tratado a ambos países). La idea recibió un gran apoyo por parte de la izquierda, y también de la opinión pública, pero no del Gobierno. Chamberlain y su ministro de Exteriores, lord Halifax, cuya aversión por el comunismo bolchevique se mezclaba con un profundo recelo hacia las intenciones de Stalin y un gran desprecio por el Ejército Rojo, descartaron la posibilidad de cualquier alianza.

Probablemente, nada se habría conseguido con la «gran alianza» aunque ésta se hubiera acabado fraguando. El dictador soviético aseguraba que sus tropas estaban listas para avanzar si Hitler emprendía la invasión, pero se trataba más de un intento de aparentar que de una intención verdadera. El Ejército Rojo, consumido por las purgas de Stalin, no emprendió los preparativos para una acción militar, y casi con toda seguridad le habría sido negado el paso por Polonia y Rumanía.<sup>19</sup> En el oeste, en cualquier caso, Francia estaba tratando de ingeniárselas para sacudirse los compromisos adquiridos por su acuerdo con los checos, y Gran Bretaña no quería bajo ningún concepto verse obligada a apoyar una intervención francesa. Chamberlain sabía bien que el rearme era insuficiente para entrar en una guerra de grandes dimensiones, y que nada se podía hacer desde el punto de vista militar para salvar a Checoslovaquia. La guerra, no le cabía ninguna duda, pondría en peligro el Imperio. Los intereses británicos en Extremo Oriente ya se veían amenazados por la guerra de Japón contra China, en continua expansión desde su inicio el verano anterior. No en vano, el verano siguiente, un incidente inicialmente menor en Tientsin, al norte de China, que condujo a un pulso de varias semanas entre Gran Bretaña y Japón, obligó a la primera a reconocer que, según palabras de lord Halifax, «poco era lo que podíamos hacer al parecer en Extremo Oriente si Estados Unidos no se sumaba a nosotros».<sup>20</sup> En el Mediterráneo, la Italia fascista y una victoria cada vez más probable de Franco en la Guerra Civil española, librada desde verano de 1936, suponían un peligro creciente para la fortaleza británica. Chamberlain insinuó más tarde que no le habían dado opción. Gran Bretaña no estaba lista para la guerra; había que ganar tiempo. «De cualquier modo y sea cual sea el desenlace, está clarísimo que si hubiéramos tenido que luchar en 1938, los resultados habrían sido muchísimo peores—escribió a una de sus hermanas meses después de que la guerra estallase finalmente—. Sería precipitado profetizar el veredicto de la historia,

pero si alguien accede a todos los documentos verá que yo me di cuenta desde el principio de nuestra debilidad militar e hice todo lo posible para aplazar la guerra, si no podía evitarla».<sup>21</sup>

Todavía hoy se discute si Chamberlain creía sinceramente que estaba ganando tiempo al entregar parte de Checoslovaquia a Hitler, o que había dado un paso crucial para asegurar la «paz para nuestro tiempo».<sup>22</sup> Tampoco podemos estar seguros de si la oportunidad perdida de combatir a Hitler en verano de 1938 era mejor que la que se presentó al año siguiente, cuando la guerra hubo de emprenderse de todos modos, y si una actitud de resistencia con respecto a Checoslovaquia podría haberse traducido en la caída de Hitler por medio de un golpe interno. La hipótesis más probable es en ambos casos negativa: que no se había perdido una ocasión mejor, y que Hitler no habría sido derrocado desde dentro. Con toda probabilidad, Checoslovaquia habría sido invadida rápidamente, tal y como indicaban los simulacros de combate, y Gran Bretaña y Francia habrían tenido que reconocer un hecho consumado o se habrían visto envueltas en la guerra desde una posición inicial más débil desde el punto de vista militar que en 1939. En cualquiera de los dos casos, el triunfo armado de la potencia alemana habría sido una posibilidad clara. Y debe ponerse en duda si la embrionaria oposición alemana habría estado suficientemente bien organizada como para actuar contra Hitler antes de que éste pudiera desbaratarla con una victoria sobre Checoslovaquia al tiempo que mantenía controladas a las potencias occidentales. Por muchas conjeturas que se hagan, lo cierto era, como con tanta vehemencia expresara Churchill ante la Cámara de los Comunes, que con el Pacto de Múnich «hemos sufrido una derrota total y absoluta»,<sup>23</sup> aunque lo cierto es que se trataba de una derrota nacida de una debilidad militar prolongada y del reconocimiento extremadamente tardío de la necesidad de rearmarse a toda velocidad, algo de lo que los sucesivos Gobiernos británicos, no sólo el de Chamberlain, habían de asumir la responsabilidad. Al menos ahora, al fin, se aceleraría notablemente el proceso de rearme. En septiembre de 1939 Gran Bretaña todavía no era fuerte, pero en el terreno militar estaba en una posición algo mejor, en relación con la fuerza de las armas alemanas, que en la época de Múnich.

Una vez que Hitler hubo mostrado su verdadero rostro en marzo de 1939 al vulnerar el acuerdo de Múnich e invadir lo que quedaba de Checoslovaquia, el Gobierno británico tomó conciencia de que la guerra era inevitable. El compromiso sellado con Polonia a finales de

ese mes confirmó de hecho que la guerra era ineludible, al dejar el destino de Gran Bretaña en manos polacas y alemanas. Los dramáticos acontecimientos de verano de 1939 se sucedieron a continuación de modo inexorable. Sólo cuando ya era tarde, y a regañadientes, admitieron Chamberlain y Halifax la necesidad de abordar la posibilidad de una alianza con Stalin. Pero se vieron eclipsados por Hitler una vez más. El célebre pacto Hitler-Stalin de 23 de agosto de 1939 vino a confirmar que la guerra no sólo era inevitable, sino inminente. Comenzó con la invasión de Polonia por parte de Alemania poco más de una semana después, el 1 de septiembre de 1939. Las declaraciones de guerra a Alemania por parte de británicos y franceses, que convirtieron el conflicto germano-polaco en una guerra europea general, se produjeron en el transcurso de los dos días siguientes. Chamberlain preveía un conflicto largo, pero confiaba en que Gran Bretaña acabaría imponiéndose.

Aquel cálculo se basaba en buena medida en la superioridad de los recursos económicos de los que disponía Gran Bretaña, que se suponía resultaría decisiva en una guerra prolongada, y en la que se percibía como gravísima inestabilidad de la economía alemana. Aquel optimismo latente sufrió muy poco desgaste durante los meses de inactividad militar en Europa occidental que vinieron a continuación... hasta la primavera de 1940, cuando se desvaneció por completo en el transcurso de unos pocos días.

## II

El trueno se escuchó finalmente el 10 de mayo de 1940. Para los Aliados occidentales, Gran Bretaña y Francia, la pesada y amenazadora atmósfera de la «guerra ficticia» (*«phoney war»*) que se venía librando desde el otoño anterior daba paso ahora a la potente tormenta que todos predecían. Llevaba gestándose un mes, desde principios de abril, cuando las tropas de Hitler habían invadido Dinamarca y Noruega. Al amanecer de aquella mañana de mayo, la artillería alemana destacada en la frontera belga abrió fuego. La tan esperada ofensiva occidental había dado comienzo.

A un ritmo impresionante, vulnerando brutalmente la neutralidad holandesa y belga, el contingente alemán alcanzó la costa francesa la noche del 20 de mayo, después de cubrir cerca de doscientos cincuen-

ta kilómetros en diez días. Las fuerzas aliadas, divididas en dos por el súbito e inesperado «golpe de hoz» («*Sichelschnitt*») del Ejército alemán mientras recorría el sur de Bélgica y el norte de Francia, fueron replegándose en medio del caos hacia la costa. Las últimas esperanzas aliadas de una contraofensiva se revelaron ilusorias el 24 de mayo. Boulogne cayó en manos de los alemanes. Calais quedó sitiada. El 25 de mayo el único puerto que todavía seguía abierto para los Aliados era Dunquerque. Al día siguiente, prácticamente la totalidad de la Fuerza Expedicionaria Británica y la mayor parte de las tropas francesas que todavía seguían combatiendo—en total, cerca de trescientos cuarenta mil hombres—comenzaron a acudir a Dunquerque y sus alrededores, donde terminaron atrapados entre el mar y la primera línea alemana.

El destino quiso que el 10 de mayo, precisamente el día en el que Hitler abría su ofensiva occidental, Winston Churchill, el hombre que se erigiría en uno de sus más implacables adversarios, tomara posesión como primer ministro del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte. Churchill había permanecido al margen de la política durante los años treinta. Pese a su amplia experiencia ministerial, que se remontaba a la Primera Guerra Mundial, era considerado por los líderes de las sucesivas administraciones del «Gobierno Nacional» (constituido por primera vez en 1931 durante la crisis económica como coalición de los principales grupos políticos y dominado por su propio partido, el conservador) como poco digno de confianza y demasiado independiente para desempeñar altas funciones. Recordado y no muy apreciado desde la izquierda política por su carácter reaccionario, era considerado una especie de aventurero heterodoxo por buena parte de sus correligionarios. Su responsabilidad en el desastre de Gallipoli durante la Primera Guerra Mundial no había sido olvidada. Ni tampoco su inconstancia política inicial, cuando desertó del Partido Conservador y se unió a los liberales para volver años después al redil. «Cambié dos veces de partido—parece ser que afirmó más tarde—y a la segunda, Baldwin [el primer ministro] me hizo ministro de Economía».<sup>24</sup> Como ministro de Economía no obtuvo un gran éxito. Sus «años al frente del erario—se ha afirmado—fueron sin duda los más pobres de su variada carrera. Su errática gestión financiera—considerada como demasiado ansiosa por controlar hasta el más mínimo detalle de la administración económica—lo desacreditó a los ojos de los políticos, mucho más sobrios, y dejó un erario debilitado que tenía que hacer

frente a un período de verdaderas dificultades económicas». <sup>25</sup> Que era una figura «poco sólida» pareció demostrarlo una vez más su franca oposición a comienzos de los años treinta a la política de su partido de reforma constitucional limitada en la India y su firme apoyo al rey Eduardo VIII durante la crisis ocasionada por su abdicación en diciembre de 1936.

El sentimiento de que, pese a sus múltiples talentos, Churchill no era alguien en el que se pudiera confiar en cuestión de política se extendía entre buena parte de los miembros del Partido Conservador. Más de uno habría estado de acuerdo con el sentir personal de Stanley Baldwin, a la sazón primer ministro: «Cuando Winston nació, un montón de hadas descendieron en picado sobre su cuna cargadas de regalos: imaginación, elocuencia, laboriosidad, talento..., y entonces llegó un hada y dijo: “Ninguna persona tiene derecho a tantos regalos”, lo levantó y lo zarandeo y volteó de tal manera que de todos aquellos dones le fue negado el buen juicio y el entendimiento». <sup>26</sup> La idea de que Churchill no era digno de confianza tenía un notable eco dentro de su propio partido. Todavía en julio de 1939, el ochenta por ciento de los diputados llamados *backbencher* (aquellos que no tenían un cargo específico en el Gobierno o en la oposición) del sector conservador no querían ver a Churchill en el Gabinete. <sup>27</sup>

Churchill había sido en efecto un espíritu independiente. Se había servido con frecuencia de sus numerosos contactos, sus habilidades retóricas y periodísticas y su prestigio parlamentario para denunciar, regularmente y con un efecto cada vez mayor, la política británica en materia de defensa y rearme. Sus advertencias acerca del peligro reavivado procedente de Alemania se habían demostrado proféticas. Su implacable animadversión hacia el nazismo, constante desde el acceso al poder de Hitler, había hecho de él un firme opositor al apaciguamiento, uno de los pocos de su partido. Su condena del innoble y humillante Pacto de Múnich contrastó notablemente con la desafortunada transigencia de Chamberlain ante las reivindicaciones de Hitler. Cuando la destrucción por parte de Hitler de lo que quedaba de Checoslovaquia en marzo de 1939 concienció a los británicos de que no estaba tratando de incorporar a los ciudadanos de origen germano a un gran Reich alemán, sino que se había lanzado a la conquista imperial, con la guerra en Europa convertida ya en realidad, Churchill propugnó en vano, como había hecho durante la creciente crisis del año anterior, una «gran alianza» que uniera a Gran Bretaña con la Unión Soviética y

también con Francia como última oportunidad para atajar una nueva conflagración.<sup>28</sup> Y cuando, pese a todos los esfuerzos de los apaciguadores, estalló la guerra, se demostró que Churchill tenía razón. Su regreso al Gabinete, a su antiguo cargo de ministro de la Marina, el 3 de septiembre de 1939, el día de la declaración de guerra a Alemania por parte de Gran Bretaña, fue, por tanto, bien recibido en muchos lugares, incluso entre sus antiguos opositores políticos. Churchill estaba de vuelta en los círculos más restringidos del poder político, lo que al parecer tuvo cierto efecto tranquilizador.

Convendría, sin embargo, no sobrevalorar la capacidad de influencia de Churchill en aquella época. Chamberlain seguía llevando firmemente las riendas y todavía era sumamente popular dentro de su partido durante lo que él llamó la «guerra en la penumbra» («*twilight war*»). A lo largo de esos meses, los objetivos bélicos británicos, a excepción del de deshacerse de Hitler, se quedaron sin definir. El exceso de optimismo había generalizado una esperanza desproporcionada en que la crisis económica interna o una pugna por el poder derribaran a Hitler, dejando así abierto el camino hacia la restauración de las fronteras y el final del conflicto. Chamberlain, por su parte, fue más realista que muchos otros al vaticinar una guerra larga: unos tres años, pensaba. Aunque no confiaba en la posibilidad de una victoria rotunda, no pensaba que Hitler pudiera vencer a largo plazo, y esperaba que fuera derrocado desde dentro cuando los alemanes se dieran plena cuenta de ello. Había quienes querían poner fin al conflicto antes de que éste diese de verdad comienzo negociando con el Gobierno de Hitler. En otoño de 1939 Chamberlain recibió miles de cartas de ciudadanos anónimos que deseaban frenar la guerra por medio de una paz negociada.<sup>29</sup> Aunque no existía un «partido de la paz» como tal, distintos ciudadanos—principalmente conservadores y algunos nobles muy bien relacionados con personas que ocupaban puestos de responsabilidad—expresaron su deseo de una resolución pactada.<sup>30</sup> Pero el Gobierno no se mostró para nada dispuesto a seguir aquel camino. La «oferta de paz» hecha por Hitler el 6 de octubre de 1939, después de su triunfo en Polonia, fue rechazada sin la menor vacilación.<sup>31</sup>

De modo que el «siniestro trance» (como un preocupado Churchill lo calificaría más adelante) de la sombría guerra se prolongó durante los oscuros meses de invierno.<sup>32</sup> El insólito y optimista convencimiento del Gobierno británico de que Hitler acabaría perdiendo el poder o siendo derrotado—en cualquier caso, que no acabaría impo-

niéndose—seguía vivo. Pero también había una desazón latente, la sensación de que después de aquella sobrecogedora calma llegaría una gran tempestad. El siguiente movimiento de Hitler no podía tardar mucho en llegar. Y cuando lo hizo, en abril de 1940, fue para anticiparse a los planes británicos, tantas veces reiterados por Churchill, de minar las aguas escandinavas. El 4 de abril Chamberlain había tentado a la suerte al anunciar que, al no invadir Francia y Gran Bretaña en aquel momento, Hitler había «perdido el tren».<sup>33</sup> Aquel necio alarde de confianza demostró inmediatamente ser un completo desatino. Cinco días después, los alemanes invadían Dinamarca y Noruega, y a continuación tenía lugar la desastrosa campaña británica en este último país. La responsabilidad primera correspondía a Churchill, pero fue Chamberlain el que hubo de pagar el precio político. Ahora todos los dedos señalaban al primer ministro que había tratado de apaciguar a Hitler. Churchill, cuyas advertencias desde los márgenes de la política se revelaban ahora tan sumamente proféticas, había ganado talla política. A principios de marzo, muchos miembros del partido de Chamberlain habían perdido su confianza en él como el líder que Gran Bretaña necesitaba en la guerra. Los grupos de la oposición aseguraban categóricamente que no trabajarían con él en un gabinete de guerra. El 10 de mayo, tras los malos resultados obtenidos en un voto de confianza en la Cámara de los Comunes, presentó su dimisión.

Los dos aspirantes a la sucesión eran Churchill y lord Halifax, ministro de Exteriores y, desde 1937, la figura más destacada del Gabinete después del propio primer ministro. Chamberlain apoyaba a Halifax. Y también lo hacían, aunque en privado (ya que el texto constitucional les impedía manifestar su opinión sobre la materia), el rey Jorge VI y la reina Isabel. También el Parlamento habría apoyado al parecer una candidatura de Halifax. Pasar de la Cámara de los Lores a la de los Comunes, algo que probablemente habría sido necesario, era una operación delicada, aunque no habría supuesto un problema insuperable. Sin embargo, Halifax acabó retirándose. Mucho se ha especulado sobre sus motivos.<sup>34</sup> Lo más probable es que el profundo sentimiento de animosidad hacia Chamberlain que lo llevó a la dimisión empujara a su vez a Halifax a admitir también que no tenía madera de líder de guerra. De modo que el camino quedó despejado para alguien más belicoso, más dinámico, más tenaz—aunque también más imprevisible—: Churchill. Lo que habría deparado el destino si Halifax hubiera aceptado el cargo de primer ministro, que habría sido suyo si así

lo hubiera querido, es imposible de determinar, pero sin duda su decisión de marcharse en aquel momento tuvo una importancia enorme en la decisión británica de seguir adelante con la guerra. La noche del 10 de mayo, Winston Churchill era ya primer ministro. En unas declaraciones tal vez algo desmesuradas hechas unos años más tarde, Churchill describía sus emociones: «Al fin tenía autoridad para dar instrucciones en toda la escena. Sentía como si estuviera caminando con el destino, y que toda mi vida pasada no había sido más que la preparación para aquel momento y aquella prueba».<sup>35</sup>

La magnitud de la prueba quedaría muy pronto de manifiesto cuando, al cabo de dos semanas, el destino de Francia estaba pendiendo de un hilo y casi la totalidad de la Fuerza Expedicionaria Británica se hallaba en una situación crítica, al borde del cautiverio o la destrucción. Apenas alcanzado el poder, Churchill hubo de enfrentarse a la amenaza más seria que su país había sufrido en toda su larga historia. El peligro inminente imponía ahora al Gabinete de Guerra una de las decisiones más trascendentales que el Gobierno británico había tomado nunca: la elección entre abrir canales que condujeran a una paz negociada con Hitler y continuar luchando. No faltaron opiniones, algunas de ellas procedentes de círculos muy influyentes, que, aunque no sin reticencias, veían en una resolución negociada basada en condiciones de paz honrosas el único proceder sensato para Gran Bretaña en una situación de tal gravedad.<sup>36</sup> El resultado de las deliberaciones del Gabinete de Guerra no era ni mucho menos evidente en un momento en el que el grueso del Ejército británico se encontraba abandonado a su suerte en las playas de Dunquerque.

### III

No es fácil imaginar, a la luz de los acontecimientos posteriores, lo precario de la posición en la que se encontraba Churchill a mediados de mayo de 1940. Su control de la autoridad, que pronto se haría incuestionable, era todavía muy tenue. Los escaños conservadores no dieron muestra alguna de entusiasmo ante su primera aparición en la Cámara de los Comunes como primer ministro el 13 de mayo. Aquel día las ovaciones, a excepción de las de la oposición, fueron para Chamberlain, no para Churchill.<sup>37</sup> El discurso que este último pronunció en aquella ocasión, pronto considerado como encarnación de

la retórica churchilliana, en el que prometía «sangre, trabajo duro, sudor y lágrimas», fue recibido con frialdad por parte de los conservadores. La desconfianza no había desaparecido. Algunos creían que sería un mandato breve.<sup>38</sup> Muchos conservadores habrían estado encantados de ver a Chamberlain de regreso al poder. El propio Churchill reconoció que, contando únicamente con el respaldo condicionado de su partido, no se podía permitir enemistarse con su predecesor, todavía líder de los conservadores.<sup>39</sup>

Churchill incluyó a varias figuras laboristas en el Gobierno, si bien, con algunas modificaciones en los cargos, la mayoría de los antiguos rostros siguieron allí. En el Gabinete de Guerra se produjo una remodelación más radical. Su tamaño se vio reducido a tan sólo cinco miembros, tres de ellos conservadores. El propio Churchill asumió la responsabilidad del ministerio de Defensa. Neville Chamberlain recibió el título de lord presidente del Consejo, encargado de supervisar en la práctica la política interior. Y lord Halifax permaneció en su puesto de ministro de Exteriores. A ellos se sumaron dos diputados laboristas. Clement Attlee, líder del partido desde 1935, con cerca de sesenta años, pequeño, pulcro y poco expresivo, un caso poco corriente entre los socialistas por haber sido oficial en la guerra, fue nombrado lord del Sello Privado. Su número dos, Arthur Greenwood, de sesenta años, un hombre afable nacido en Yorkshire y, al igual que Churchill, con cierta afición por el alcohol, cuya breve experiencia en el Gobierno justo antes de la Gran Depresión le había procurado fama de competente aunque mediocre ministro de Sanidad, fue designado ministro sin cartera. Churchill pronto iba a imponerse en el Gabinete de Guerra y a fortalecer significativamente su posición gracias a su gestión de la defensa. Sin embargo, en mayo de 1940 tal preeminencia no existía, y la crisis se estaba agudizando. Churchill no podía desoir la voluntad de los demás miembros del Gabinete de Guerra ni imponer la suya propia. Y no dudaba en reconocer su particular dependencia con respecto a Chamberlain y Halifax. Como señalara Chamberlain en un escrito privado acerca de su sucesor el día en el que éste accedió al poder: «Sé que necesita de Halifax y de mí y, como decía en una carta: “Mi camino depende enormemente de usted”».<sup>40</sup>

La magnitud de la crisis a la que se enfrentaba el Gabinete de Guerra de Churchill se iba volviendo más evidente con cada día que pasaba. La velocidad del avance alemán era asombrosa. Todos los informes indicaban que se estaba fraguando un desastre de dimensiones extra-

ordinarias. La inquietud por el destino de Francia iba en aumento. Y con ella, la preocupación, a menudo tácita, por que Gran Bretaña fuese incapaz de seguir adelante con la guerra si su aliada caía. Aunque más tarde lograría recuperar la calma, Chamberlain expresó aquella ansiedad con gran precisión el mismo día en el que se inició la ofensiva alemana.<sup>41</sup> Unos días más tarde, sir Samuel Hoare, miembro del Gabinete de Guerra de Chamberlain pero ahora a punto de partir para asumir el cargo de embajador en Madrid, observó que el anterior primer ministro estaba «completamente fuera de combate. Todo acabado. Estados Unidos nada bien». «Nunca podríamos rescatar a nuestro Ejército, y si lo hacíamos, sería sin equipamiento».<sup>42</sup> El pesimismo no sólo hacía mella en Chamberlain. Algunos observadores hablaban de «un clima de pánico»<sup>43</sup> y de «derrotismo» en las clases altas londinenses,<sup>44</sup> en tanto que el general sir Edmund Ironside, jefe del Estado Mayor Imperial, temía que la embestida significara «el fin del Imperio británico».<sup>45</sup> El mariscal del Aire Hugh Dowding, comandante en jefe del Mando de Caza, manifestaba el 16 de mayo su impresión de que si se lograba mantener una adecuada fuerza de combate dentro del país, y si se seguía contando con la Armada, Gran Bretaña podría continuar luchando. Pero si se enviaban escuadrones de combate a cruzar el Canal de la Mancha, como querían los franceses, entonces la derrota de Francia significaría también la derrota final de Gran Bretaña.<sup>46</sup> Churchill, inicialmente reticente a aceptar el contenido del mensaje que le había transmitido el 15 de mayo el primer ministro francés, Paul Reynaud, anunciándole que «estamos vencidos», se convenció de la magnitud del desastre y de la desesperación sentida en París después de volar allí al día siguiente para reunirse con los líderes franceses.<sup>47</sup> El primer ministro británico hizo una brillante actuación, en la que reiteró a sus anfitriones la intención de su país de seguir combatiendo hasta que Estados Unidos acudiera en su ayuda y Alemania fuera derrotada.<sup>48</sup> Al mismo tiempo, no obstante, entre la neblina del humo del tabaco y a altas horas de la noche, evocó «una apocalíptica visión de la guerra», en la que se veía a sí mismo «en pleno corazón de Canadá, dirigiendo, sobre una Inglaterra completamente arrasada por bombas altamente explosivas y una Francia cuyas ruinas todavía estaban calientes, la guerra aérea del Nuevo Mundo contra el Viejo, dominado por Alemania».<sup>49</sup> «Los franceses hundiéndose claramente, y la situación espantosa», escribió sir Alex Cadogan, subsecretario permanente de Asuntos Exteriores, al oír el relato que Churchill hizo de

su visita. El 21 de mayo, Cadogan confiaba a su diario: «Puede que ocurra un milagro: si no, estamos perdidos».<sup>50</sup>

Quienes no conocían tan a fondo los entresijos de la alta política y no tenían acceso a los deprimentes informes de los jefes militares—el conjunto de la gente corriente—no podían percatarse enteramente de la gravedad de la situación.<sup>51</sup> En general reinaba la calma, al menos en la superficie. Muchos escondían la cabeza como el avestruz. Chamberlain relataba sus impresiones sobre el clima social en una carta dirigida a su hermana Hilda el 17 de mayo: «La gente no se da cuenta en absoluto de la gravedad de la situación. Paseando por el lago [del parque de Saint James] hoy resultaba impresionante verlos disfrutando del sol apoltronados en sus asientos o mirando el rápido ir y venir de los patitos en el agua. Tendremos que intentar aproximarlos un poco más al sentido de la realidad, aunque yo diría que los acontecimientos conseguirán mucho más que cualquier otra cosa que se nos pueda ocurrir».<sup>52</sup> La intuición de Chamberlain era certera. Un anodino reporteje en la BBC o en el periódico no podía disfrazar la amenaza que suponía el avance alemán o la debilidad de las fuerzas aliadas para frenarlo. La ansiedad iba en aumento y estaba más justificada al otro lado del Canal de la Mancha. Los esfuerzos por guardar la compostura no logran disimular del todo la preocupación que latía justo debajo de aquella aparente calma.<sup>53</sup>

La confianza de Churchill en la capacidad de resistencia de Francia se había resentido profundamente tras su visita a París el 16 de mayo. Un segundo viaje, el 22 de mayo, acrecentó momentáneamente su optimismo ante las perspectivas de que se produjera la contraofensiva a la que había instado a los franceses.<sup>54</sup> Sin embargo, había que hacer planes alternativos para la eventualidad, más que probable, de un fracaso. En tal caso, Churchill, según explicaba al rey la mañana del 23 de mayo, sólo tenía un modo de actuar: ordenar a la Fuerza Expedicionaria Británica que regresara a casa. Tendría que dejar atrás todo su armamento, y habría que prever un número muy elevado de muertos.<sup>55</sup> Al anochecer de ese mismo día, un cuarto de millón de soldados británicos fueron atrapados por la ofensiva en tenaza alemana. Probablemente Calais no podría resistir mucho más tiempo, y entre tanto la vanguardia de los tanques alemanes se encaminaba a Dunquerque, el último puerto accesible que se hallaba todavía en manos aliadas.

Cuando Hitler visitó el cuartel general de su comandante en jefe del frente occidental, coronel general Gerd von Rundstedt, la mañana

del 24 de mayo, las divisiones blindadas de la vanguardia alemana no estaban a más de veinticinco kilómetros al sur de Dunquerque. Tras examinar la situación militar con Rundstedt, Hitler dio la orden de detener el avance en aquel punto y no proseguir hacia Dunquerque. La decisión pronto se interpretó como una gran oportunidad perdida para acabar con las derrotadas fuerzas del Ejército británico. Tratando de justificar un evidente y gravísimo error militar, Hitler insinuaría más tarde que no quería destruir el Ejército británico, columna vertebral del Imperio,<sup>56</sup> pero aquello no fue más que un intento de racionalización con el fin de salvar las apariencias. En realidad, no hizo sino seguir el consejo militar de su comandante de campaña, Rundstedt, que había querido preservar sus unidades motorizadas para la ofensiva final en el sur con el fin de concluir la campaña. Lejos de pretender salvaguardar el Ejército británico, Hitler fue convencido por Göring, comandante en jefe de la Fuerza Aérea alemana, de que la *Luftwaffe* acabaría con él.<sup>57</sup>

De nuevo en Londres, el Gabinete de Guerra estaba absorto en su preocupación por el destino de las tropas británicas en Calais, ahora asediadas, y por la previsible capitulación de los belgas en un futuro próximo. Para entonces Boulogne ya había caído, y los últimos soldados que se habían quedado allí, alrededor de un millar en total, habían sido rescatados por mar. Sin embargo, Churchill se mantuvo firme en su decisión de que las tropas rodeadas en Calais continuasen luchando, resistiendo a los alemanes todo lo posible. Cualquier ocasión para ganar tiempo resultaba sumamente valiosa, ya fuera para la contraofensiva prevista (que, aunque Churchill no lo sabía en aquel momento, nunca fue «más que un plan sobre el papel»,<sup>58</sup> y a la que los líderes militares franceses ya habían renunciado, dispuestos todavía a considerar la posibilidad de una capitulación<sup>59</sup>) o para la evacuación del mayor número posible de integrantes de la Fuerza Expedicionaria Británica. Hasta aquel momento, 24 de mayo, no habían enviado ninguna tropa británica a Dunquerque, donde el puerto seguía en funcionamiento, y a pesar de que había allí una considerable guarnición de tropas francesas.<sup>60</sup>

La contraofensiva nunca dio comienzo. Y lo cierto es que no habría sido factible. Lo que se hizo fue proceder a la retirada de las tropas británicas, lo que generaría posteriormente una serie de malentendidos y recriminaciones entre París y Londres acerca de la responsabilidad del fracaso. Una vez se hubo renunciado finalmente a la ofensiva

la noche del 25, y ante la inminente capitulación belga, el comandante de la Fuerza Expedicionaria Británica, el general lord Gort, decidió (por propia iniciativa, aprobada después por Londres) retirarse hacia la costa, formar una cabeza de puente alrededor de Dunquerque y tratar de evacuar al mayor número de soldados posible. Dunquerque era un nombre poco conocido para la población británica por aquel entonces. Pero pronto iba a estar en boca de todos.

Para el Gabinete de Guerra, había que contar con la posibilidad, cada vez mayor, de que Francia cayera, y, con ella, con la probabilidad de perder a la gran mayoría de los soldados británicos en el cerco alemán. El general Ironside, muy dado al pesimismo, como él mismo reconocía, escribía el 23 de mayo, llevado por el desánimo: «No veo que tengamos muchas esperanzas de rescatar a ningún integrante de la F[uerza] E[xpedicionaria] B[ritánica]». <sup>61</sup> Dos días más tarde, todavía pensaba que sólo sería posible evacuar a «una parte mínima» del Ejército. Y habría que abandonar el escasísimo equipamiento en su totalidad. <sup>62</sup> El general lord Gort coincidía en que «una gran parte de la FEB y su equipamiento se perderá inevitablemente incluso en el mejor de los casos». <sup>63</sup> El 26 de mayo, el día en el que fue ordenada la evacuación de Dunquerque, la «Operación Dinamo», se hablaba de rescatar a no más de 45.000 hombres. <sup>64</sup> La pérdida de la práctica totalidad de la Fuerza Expedicionaria Británica habría supuesto un golpe tremendo. <sup>65</sup> No había un ejército como tal en el interior del país para reemplazarla. No habría sido suficiente para rechazar la invasión alemana, que, según indicaciones de la inteligencia británica, podía ser inminente. <sup>66</sup> En tan sombrías circunstancias, no era de extrañar que algunos empezasen a pensar en las opciones con las que contaba Gran Bretaña en caso de que sucediera lo peor.

#### IV

Italia era vista por algunos, tanto en Londres como en París, como la única esperanza. No había que arriesgar mucho, pero sí tratar de apostar, pensaban, por mantener al menos a Italia—todavía neutral en aquel momento—fuera de la guerra. Por otro lado, existía la idea, en parte relacionada con ello pero distinta, de que todavía se podía convencer a Mussolini de que actuara de conducto con su amigo Hitler para ayudar a conjurar un conflicto cada vez más amplio y, con él,

la devastación de Europa. Después de todo, Mussolini había intervenido en favor de la paz en 1938, aunque el resultado hubiese sido la vergonzosa Conferencia de Múnich. E Italia podía estar tranquila ante la perspectiva de una Europa completamente dominada por una Alemania victoriosa. Además, en cualquier acuerdo en el que pudiera actuar como mediador, Mussolini estaba seguro de obtener significativas concesiones territoriales alrededor del Mediterráneo. Mayor poder, renovado prestigio y prosperidad para su país en una Europa en paz fueron el botín con el que se le intentó tentar. Pero eran pocos los alicientes, si es que había alguno, que se podían ofrecer al dictador italiano, nada realmente que pudiera distraerle del atractivo de la grandeza militar, de la perspectiva del triunfo en una guerra que ya imaginaba ganada en gran parte. Mussolini era consciente de las amenazas existentes, sobre todo si detrás de ellas había una mano dura, pero las insinuaciones de que había «apostado al caballo perdedor», o que Italia era un «peso ligero» en un combate de boxeo con los pesos pesados de las democracias occidentales, que acabarían ganando una contienda prolongada<sup>67</sup>—ideas difundidas después de que la ofensiva occidental de Hitler hubiera llevado a Francia al borde del desastre y dejado a Gran Bretaña en una situación terriblemente peligrosa—, no parecía que fueran a impresionarle. Mussolini había mantenido un tono sumamente beligerante en su trato con Francia y con Gran Bretaña. Y había recordado tanto al primer ministro francés, Paul Reynaud, como a Churchill su determinación de seguir siendo aliado político y militar de Alemania.<sup>68</sup>

En el momento más grave de la crisis, sin embargo, el acercamiento a Mussolini seguía siendo el último recurso posible. Édouard Daladier, ministro francés de Defensa (y antiguo primer ministro), propuso tratar de «comprar» a Mussolini. En ese sentido, sugirió un acercamiento al dictador italiano a través del presidente estadounidense, Franklin Delano Roosevelt, para comunicarle que los Aliados estarían dispuestos a tener en cuenta sus reivindicaciones si Italia no entraba en la guerra. También se iba a prometer a Italia un asiento en la conferencia de paz como si hubiera sido parte beligerante. El Foreign Office manifestó su aprobación el 25 de mayo.<sup>69</sup> La sugerencia de que «deberíamos ofrecernos a hablar [del] Mediterráneo con Italia» había sido planteada el día anterior al antiguo subsecretario permanente de Asuntos Exteriores, el poderoso sir Robert Vansittart, el cual había dado su consentimiento. Y también lo había hecho su sucesor, sir Ale-

xander Cadogan, «si eso evita la guerra con Italia durante unos días».70 El propósito inmediato de la iniciativa francesa, y del beneplácito británico, sin duda, era limitado: mantener a Mussolini fuera de la guerra con el fin de ganar tiempo. Sin embargo, la mención del papel de Italia en una eventual conferencia de paz indica que la propuesta iba tácitamente mucho más lejos. Cuando menos se estaba pensando en un final negociado al conflicto. Pero dicho final tenía que incluir a Alemania. Y en cualquier conferencia de paz, eso era obvio, Hitler tendría mucho que decir.

Neville Chamberlain ya había escrito en su diario el 16 de mayo «que si los franceses cayeran, nuestra opción para escapar a la destrucción sería que Roosevelt solicitase un armisticio», aunque consideraba poco probable que los alemanes respondieran al llamamiento.71 Churchill también esperaba la ayuda de los estadounidenses, pero no para negociar un armisticio. En la primera carta de lo que acabaría convirtiéndose en un voluminoso intercambio de correspondencia con el presidente estadounidense, empleaba un tono sumamente desafiante: «Si es necesario, continuaremos la guerra solos», escribía el 15 de mayo, y tres días después añadía: «Estamos decididos a perseverar hasta el final, sea cual sea el resultado de la gran batalla que asola Francia». No obstante, no quiso engañar a Roosevelt con respecto a la delicada situación en la que se encontraría Gran Bretaña en caso de que Francia cayera. «Si este país fuera abandonado a su suerte por Estados Unidos—afirmaba abiertamente en su segunda carta—nadie tendría derecho a culpar a los responsables de entonces si consiguieran las mejores condiciones posibles para los ciudadanos supervivientes».72 Aquello era un intento de exhortar a Roosevelt, poniendo de manifiesto el peligro que corría Gran Bretaña, a que reconociera abiertamente su apoyo, con la esperanza de que a continuación pasara a la acción. Pero la después tan cacareada «relación especial» no era tan especial en aquel momento. El propio Churchill observaría pocos días más tarde, con un deje de amargura, que «los Estados Unidos no nos habían ofrecido prácticamente ayuda en la guerra, y ahora que veían la enormidad del peligro, su actitud consistió en querer guardarse todo lo que podría ayudarnos a nosotros para su propia defensa».73

Roosevelt se mostraba cordial, pero evasivo. Tenía una opinión pública en el interior del país, en buena medida aislacionista, a la que atender. Y tenía que dilucidar si el respaldo estadounidense a Gran Bretaña en aquella coyuntura no suponía defender una causa perdida.